



soluta. Finalmente, adopta Zuinglio las doctrinas de Séneca de que Dios es el alma del mundo, y cree la transmigracion de las almas. Coloca en la sociedad de los escogidos con Cristo, á todos los paganos ilustres, Numa Pompilio, etc.

Por este sistema seco, árido y superficial no se distingue ménos Zuinglio de Lutero que de la doctrina católica. Esta aridez nos explica suficientemente por qué se perdió tan pronto en la secta zuingliana el sentimiento religioso, al paso que se conservó largo tiempo en el luteranismo.

Los esfuerzos que hizo el papa Clemente VII para la reunion del concilio, tantas veces-prometida, y á la que últimamente se habian solemnemente empenado, cuando la paz de Nuremberg, fueron infructuosos. Los protestantes desecharon con extraños pretextos las condiciones propuestas, hallando inconveniente que, segun los usos tradicionales, debiese tenerse el concilio en una iglesia; que debiesen obligarse á guardar invariablemente los decretos que formulase; que se le congregase en Milan, Bolonia ó Plasencia, y no en Alemania, etc., etc. Paulo III (13 de Octubre de 1534—10 de Noviembre de 1549) continuó todavía con más ardor que Clemente (que murió el 25 de Setiembre de 1534) la convocacion del concilio, entrando en negociaciones con los protestantes por medio de su nuncio Vergerio, y le convocó en Mántua para el mes de Mayo de 1537. Esta vez tambien desecharon los protestantes el concilio, reunidos en Smalkalda (Diciembre de 1535), porque se habian encaprichado en la opinion de Lutero, de que «los católicos no pedian sinceramente el concilio, »y que los protestantes, perfectamente ilustrados en todas cosas por el Espíritu-Santo, no «tenian necesidad de él.» Por otra parte, segun ellos, un concilio cuya forma y marcha dependian del papa, no era libre; que era mejor que los principes eligieran hombres capaces é imparciales de todos los Estados, los cuales examinasen el negocio y lo decidiesen conforme á la palabra de Dios. La guerra que en el entretanto estalló entre el emperador y Francisco I, la que hacia difícil trasladarse á Mántua, fué

un nuevo pretexto para negarse al concilio.

La liga de Smalkalda, renovada con este motivo por diez años, se habia hecho más poderosa por haber entrado en ella nuevos miembros, á pesar de la prohibicion que sobre esto se hizo en Nuremberg. Es verdad que no se realizó la alianza de la Inglaterra con la Francia, como se esperó; mas el nuevo elector de Sajonia, Juan Federico el Magnánimo, era favorable al protestantismo; la liga habia ganado los duques Ulrico de Wurtemberg, de Barnim, Felipe de Pomerania, el conde palatino Ruprecht de Dos-Puentes, los principes de Anhalt Jorge y Joaquin, Guillermo, conde de Nassau, varias ciudades de Alemania, y la Dinamarca, inficionada por el protestantismo desde 1536, daba fundadas esperanzas de entrar en la liga.

Cuando se acercaba el término prefijado para la celebracion del concilio, tuvieron los protestantes una nueva asamblea en Smalkalda (Febrero de 1537), en la que se desencadenaron contra el papa más que no lo habian hecho hasta entonces. En ella se adoptaron los XXIII artículos de Smalkalda, redactados por Lutero, que expresaban con energía su oposicion contra la Iglesia católica, y contrastaban por lo mismo, ya en el fondo, ya en su forma, con la confesion de Augsburgo, que se redactó en términos tan vagos y tan elásticos. Se hizo á Melancton el encargo de escribir sobre el primado del papa y la jurisdiccion de los obispos (*De potestate et primatu papæ*); mas su trabajo no correspondió á las miras denigrantes de los muchos teólogos reunidos en Smalkalda. En efecto: aunque Melancton habia dicho que el primado del papa no estaba fundado en el derecho divino, pero añadió que convenia conservarle en lo sucesivo, segun el derecho humano (*jure humano*). Lutero, ya enfermo, despechado de esta asercion de su antiguo amigo, abandonó á Smalkalda, dejando á los conjurados por su última bendiccion esta amarga palabra: «¡Que Dios os llene de ódio por el papado!» Y desde este momento rehusaron positivamente los protestantes asistir á ningun concilio. En oposicion de la liga de Smalkalda, Held, vicescanciller del emperador, habia lo-



grado con sus esfuerzos que se concluyese la santa liga de los principes católicos en Nuremberg en Junio de 1538. La alianza de los protestantes se habia reforzado de nuevo con la añadidura de los suizos, á los cuales, por fin, á petición de los principes, y gracias á las hábiles intrigas de Bucero y Capiton, habia consentido Lutero que se uniesen, adoptando por base del tratado la *Concordia Vittembergensis* (1536). Joaquin II, elector de Brandemburgo, olvidando el ejemplo de sus predecesores, habia abrazado las nuevas doctrinas (1539), que ya su hermano, el margrave Juan de Neumarck, habia adoptado en 1536. Por su parte, Enrique, sucesor del duque Jorge, habia introducido el protestantismo en el ducado de Sajonia, á pesar de la oposicion de sus súbditos. El infatigable Lutero mantenía por su parte la irritacion de los principes y del pueblo contra la Iglesia, con una multitud de tratados, grandes y pequeños, que se sucedian con una rara actividad. No se suspendió la guerra religiosa sino por las nuevas victorias de los turcos, que amenazaban la Alemania entera, y se negoció y concluyó en Francfort un armisticio de quince meses en Febrero de 1539. El emperador pensó aprovechar esta circunstancia para procurar una reconciliacion; llamó teólogos á una conferencia religiosa que debió celebrarse en Spira, y por causa de una enfermedad contagiosa tuvo que trasladarse á Haguenua (Junio de 1540), y que no se abrió al fin sino en Worms el 14 de Enero de 1541, por los escandalosos retardos de los protestantes.

Eck y Melancton entraron en discusion, partiendo de las bases de la Confesion de Augsburgo, lo que no dejó de dar algun recelo; y por esto el emperador, que tenia convocada ya una Dieta en Ratisbona para el 5 de Abril de 1541, difirió la conferencia religiosa para esta época. El célebre cardenal Contarini se trasladó á Ratisbona para asistir personalmente á la discusion. El emperador habia nombrado de parte de los católicos á Eck, á Julio Pflug y á Juan Gropper, canónigo de Colonia; y de parte de los protestantes á Melancton, Pistorio y Bucero, encargándoles que renunciases á toda pasion humana y que no tuviesen otra mira que

la gloria de Dios. Les hizo comunicar por conducto del cardenal Granville un escrito que debia servir de base á la conferencia, el que probablemente habia sido redactado por Gropper, y que se llamó el *Interim de Ratisbona*.

Si su redaccion habia sido cuerdamente calculada bajo el punto de vista de la política, no era lo mismo por lo tocante á la fe. Por eso fué vituperada por los teólogos católicos, particularmente por Eck. Sin embargo, esta vez parecia que la conferencia iba á tener un éxito dichoso. Eran tan moderadas las exigencias del *Interim*, que acercaron más que nunca los partidos opuestos. No se habian fijado sobre el artículo fundamental de la Iglesia y sobre el dogma de la satisfaccion. Los protestantes no se mostraban más dispuestos á admitir la confesion auricular y la transustanciacion, principalmente desde que el elector de Sajonia, para reformar el partido, habia enviado á Amsdorf, ortodoxo y estricto luterano. Poco á poco volvieron á las viejas objeciones, y pidieron que se aboliesen las prácticas de penitencia, los votos monásticos, las indulgencias, la invocacion de los santos y todas aquellas cosas que, segun ellos decian, rebajan los méritos de Jesucristo. Se rehusaron á ello los teólogos católicos, y se levantó la conferencia, que, como todas las anteriores, no produjo ningun resultado.

En su consecuencia, el registro de la Dieta declaró que los dos partidos estarían á los artículos en que habian convenido hasta el concilio ó hasta la Dieta que se tendria con el concurso del papa; que se mantendria en todos sus puntos la paz de Nuremberg, y que así quedarían intactas las iglesias de los conventos. Al mismo tiempo el emperador suavizó el decreto de la Dieta de Augsburgo y suspendió todas las causas que estaban pendientes en la cámara imperial, y que se habia titubeado hasta entonces en hacerlas entrar en la paz de Nuremberg. A pesar de esto, poco satisfechos los protestantes, hicieron nuevas demandas, que sin embargo de ser muy extrañas, tuvo que admitir el emperador para obtener los socorros que necesitaba contra los turcos.

Hasta la Dieta de Augsburgo habia siempre rechazado la Westfalia los esfuerzos que en va-



rias ocasiones se habían hecho para introducir en ella el luteranismo, por miras enteramente políticas. Los partidarios de Lutero cobraron bríos con la liga de Smalkalda. Berne Rottmann, capellan de San Mauricio, cerca de Munster, fanático visionario, comenzó á predicar en las calles las nuevas doctrinas (23 de Febrero de 1532), y habiendo sabido comunicar al pueblo su fanatismo, le indujo á derribar los altares y á destruir las imágenes de los santos. El conde Felipe de Hesse, le prestó su ayuda, y el protestantismo fué introducido en Munster, como lo había sido ya en Minden, Erford, Lemgo, Lippstadt y Soert. Fueron obligados los católicos á ceder sus iglesias á los protestantes en 14 de Febrero de 1533. Mas estos progresos fueron pronto cortados y anulados para siglos á consecuencia de las terribles escenas que causaron los anabaptistas, que se apresuraron á concurrir á este nuevo teatro que se ofrecía á los sectarios. Esta secta, cuyos desórdenes habían empezado en Zwickau, no había sido destruida ni de mucho en la guerra de los aldeanos. Despues de la batalla de Franken-Haren, se habían derramado estos sectarios en muchos países, y no teniendo hogar, ni país, ni principios fijos, ni jefes, ni disciplina, se habían abandonado en todas partes á las más criminales extravagancias. Mientras que la mayor parte de los luteranos hacían degenerar la libertad que reclamaban en una licencia sin freno, estos anabaptistas pretendían mortificar y aniquilar en el hombre todo lo que es humano. Teniendo muchos títulos para ser herederos de los antiguos gnósticos, y aspirando á un espiritualismo no ménos falso que exagerado, despreciaban los sacramentos, las prácticas exteriores y todas las instituciones positivas de la Iglesia, buscando en el Apocalipsis la confirmación de los sueños milenarios, que les eran revelados en sus pretendidas visiones y raptos. Rottmann, de quien acabamos de hablar, había sido ganado para esta secta fanática por un sastre de Leyde, llamado Juan Bockhold ó Bockelson, y un panadero de Harlem, llamado Matthiesen, que había venido á Munster. Establecieron aquí un poder teocrático y popular, del

cual Juan de Leyde, era el rey absoluto, Matthiesen el profeta y Knipperdolling el verdugo. Les rodeaban doce jueces, y Munster fué llamada la ciudad de Sion. Matthiesen, en su calidad de profeta, ordenó que se le entregase todo el oro y la plata, y que fuesen quemados todos los libros. Juan, en su calidad de rey, publicó un manifiesto que anunciaba que se pondrían en campaña, que serían castigados todos los ricos y que se sentaría en el trono de David hasta la venida del Señor. Había tomado muchas mujeres y hecho general entre los suyos la poligamia. Apurado el obispo de Munster, logró poner término á estas escenas de horror y espanto el 25 de Junio de 1535; fueron presos Juan de Leyde, Knipperdolling y el canceller Krechting, expuestos á toda clase de ultrajes, ajusticiados el 23 de Enero de 1536, y sus cuerpos, puestos en unas jaulas, quedaron colgados en la torre de Lamberti. Sin embargo de haber sido dispersada la secta, se mantuvo aún por algun tiempo en Westfalia, y la poligamia que profesaba encontró adherentes en los otros partidos. El mismo Felipe, landgrave de Hesse, el más poderoso y decidido defensor de la Reforma en la Iglesia y en las costumbres, abrazó esta costumbre oriental. Había mucho tiempo que, á pesar de estar casado, vivía amancebado con otra mujer. Con el tiempo vinieron á asaltarle los remordimientos, sin poderlos hacer callar por medio del principio luterano: «la sola fe salva.» Se dirigió, pues, al astuto Bucero, encargándole una carta para Lutero y Melancton, en la que el landgrave de Hesse, que contaba diez y seis años de matrimonio con Cristina, hija del duque Jorge de Sajonia, y era padre de ocho hijos, manifestaba su deseo de que se le autorizase para casarse además con Margarita de la Sahl, camarista de su hermana Isabel. Su complexion vigorosa, decía, y el tener que asistir con frecuencia á las Dietas del imperio y de sus Estados, donde acostumbraba vivirse opíparamente, no le permitían estar allí solo, y sin embargo, no podía ir allá con su mujer y con una corte de mujeres. Grande perplejidad causó esta carta á Lutero y á Melancton, porque Felipe de Hesse les amenazaba de que retornaría la Iglesia católi-



ca; sin embargo, cedieron á su demanda y autorizaron un segundo matrimonio, á fin de proveer con esto á la salud de su cuerpo y de su alma, no ménos que á la gloria de Dios, como expresa el documento firmado por Bucero, Lutero, Melancton y seis teólogos de Hesse. Mas como no era todavía un uso general el tener dos mujeres á un mismo tiempo, y podía causar esto algun escándalo, debía el landgrave contraer su segundo matrimonio en secreto y sólo en presencia de algunos testigos (3 de Marzo de 1540). Causó esto alguna inquietud á Lutero; mas pronto se tranquilizó, no permitiéndole trastornarse su gran corazón, escribe Peucer; pero la pena y los remordimientos causaron á Melancton una peligrosa enfermedad.

Cuando empezó esto á divulgarse y hacerse público, declaró Lutero «que no había necesidad de justificarla; que no quería negar la autorización del matrimonio doble que él acordó (como hubiera podido, por no haberse acordado sino para tenerse en secreto y por hacerse nula por su publicación), y que, en el caso de hallarla censurable, por su parte no pensaba pedir gracia de lo hecho, y que no reconocía haber cometido ningun error ni locura alguna.» El landgrave continuó viviendo pacíficamente con sus dos mujeres, de las cuales la primera le dió todavía dos hijos y una hija, y la segunda seis hijos, que fueron llamados los condes de Diez.

Contrariado Lutero de todas partes, hacia tiempo que vivía descontento, melancólico y desazonado. Poco satisfecho, segun su propia confesion, de su sistema religioso, veía que este sistema hacia todavía ménos autoridad á sus antiguos partidarios. La misma Wittenberg, donde había obrado él mismo en persona y con un celo sin límites, no había hecho ningun progreso moral. Ya en 1533 había dicho en un sermón: «Desde la predicación de nuestra doctrina (la pura doctrina del Evangelio) el mundo se hace cada vez peor, más impío y desvergonzado. Legiones de diablos se precipitan sobre los hombres, que estando iluminados por la pura claridad del Evangelio, son más codiciosos, más impúdicos y más detestables que lo eran antes bajo el papado.

«Aldeanos, ciudadanos y nobles, gentes de todos los estados, desde el más grande al más pequeño, no es más en todas partes que avaricia, intemperancia, crápula, impudicia, vergonzosos desórdenes y pasiones abominables.» Irritado á no poder más de la inmoralidad y libertinaje, siempre crecientes, de Wittenberg, abandonó la ciudad con la resolución de no volver más á ella. «Salgamos de Sodoma,» escribía á su mujer; y sólo pudieron obligarle á volver allá las continuas súplicas del elector. Mientras se discutían los principales puntos de su doctrina en Ratisbona, Lutero se hallaba en Eisleben, donde trabajaba para un arreglo sobre minas en nombre de los condes de Mansfeld, cuando descargó un golpe prematuro la muerte sobre el hombre que había tenido el poder y la desgracia de dividir el corazón de los pueblos, de romper el lazo de las familias, de herir profundamente, aunque no de muerte, como él había querido, la Iglesia de sus padres (18 de Febrero de 1546). Lutero terminó su carrera de reformador, como la había comenzado, por el odio contra el papado. Antes de morir reconoció que contiene la Escritura misterios y profundidades insondables, ante los cuales no le queda al hombre sino inclinarse humildemente su cabeza. Pero igual siempre á sí mismo, habló con el mismo tono de arrogancia y orgullo que le era natural en su testamento, en que consignó sus últimas voluntades con desprecio de todas las formas ordinarias de la justicia humana.

Si consideramos su vida activa y agitada, es Lutero uno de los hombres más pasmosos de todos los siglos. Por desgracia, desconoció su vocación, que no era de reformador, por no tener la caridad ni la humildad necesarias. Desechó con atrevimiento é inconsideración la autoridad de la Iglesia, que más tarde, poniéndose en flagrante contradicción con sus principios, reivindicó contra sus adversarios. Su valor, que no puede desconocerse, degeneraba fácilmente en audacia. Su actividad era infatigable; su elocuencia popular y arrebatadora; su espíritu, vivaracho y lleno de agudezas; su carácter, desinteresado; su alma, profundamente religiosa; y este sentimiento imperioso de religion, que constituye el rasgo más



característico de su sistema, contrasta de una manera la más extraña con el tono frívolo y el lenguaje trivial que son de su predilección. «Unas veces, dice Erasmo, escribe como un apóstol, y otras habla como un bufon, cuyas pasquinadas y pullas exceden á toda medida, como si olvidase de repente el espectáculo que ofrece al mundo y qué papel en él representa.» Por una parte, prohíbe el uso de las armas en los negocios religiosos, y por otra proclama unos principios y se sirve de un lenguaje que haría honor á los más furiosos jacobinos de nuestros días. Su franqueza se convierte pronto en grosería, y su grosería le ciega y le hace extremadamente injusto con sus adversarios. Mientras pone su grito en el cielo reclamando para sí el derecho de interpretación la más amplia y arbitraria, lo rehusa á sus enemigos, y ejerce sobre sus íntimos amigos, á los cuales arranca el asentimiento, el más duro y vergonzoso despotismo (*tuli servitutem pæne deformem*, dice Melancton). Por fin, si se recuerdan sus palabras obscenas y su lenguaje desvergonzado sobre las más santas instituciones, por ejemplo, la del matrimonio, no sólo estando en la mesa, sino en sus obras y discursos públicos, sin poderse justificar ese modo de hablar por ser aquellos tiempos groseros, porque no se halla en las obras de sus adversarios, aun prescindiendo de la perversidad de sus principios religiosos, es necesario rehusarle absolutamente la vocación de reformador. Para llegar á ser un instrumento de reforma en la Iglesia, debió comenzar por reformarse á sí propio. Para todo el que juzga con imparcialidad la obra de Lutero, fácil le será reconocer que nada tenían de misión apostólica sus movimientos desordenados, sus empresas tumultuosas, sus apasionadas luchas, ni esa ardiente y trivial polémica de que su vida se compuso. «La razón más vulgar me enseña, dice Erasmo, que no ha podido hacer la obra de Dios un hombre que tanto ruido ha metido en el mundo, y que no hallaba placer sino en las palabras indecentes ó de burla. Una arrogancia como la de Lutero supone la demencia, á la cual ninguna igualó jamás, y un humor bufon como el del doctor de Wittenberg no

»puede aliarse con el espíritu apostólico.»

Y sin embargo de todo esto, los partidarios de Lutero tributan á su memoria unos honores que la Iglesia reserva á los Santos, honores que tanto habían reprochado á los papistas como una escandalosa impiedad.

La voz del emperador, que había puesto fuera de la ley del imperio á los jefes de la liga protestante, fué robustecida por la del papa Paulo III, que, por decirlo así, llamó á una cruzada á los pueblos católicos. No halló desprovistos á los príncipes protestantes esta declaración de guerra. Hacia quince años que existía la liga de Smalkalda, y el ejército imperial era bien inferior al de los príncipes luteranos, porque hubo más de un príncipe católico que, por celos del poder del emperador, rehusó juntarse. Y por otra parte, deseando Carlos dictar las condiciones de la paz según sus miras, no los llamaba en su socorro sino á no poder más. De su lado, los ejércitos protestantes no tenían á su frente ningún hombre de talento. Mauricio de Sajonia, yerno del landgrave de Hesse, aunque protestante, habiéndose pasado al lado del emperador, penetró en los Estados de los príncipes protestantes so pretexto de protegerlos contra Fernando, rey de Bohemia, que amenazaba apoderarse de ellos. La repentina llegada del emperador obligó al elector de Sajonia á aceptar la batalla cerca de Mulberg (24 de Abril de 1547), en la que fué hecho prisionero. Luego después se rindió el landgrave de Hesse, y no obtuvo su libertad sino por la caución de su yerno Mauricio, que obtuvo el electorado de Sajonia, dividiendo así el poder de los protestantes. El emperador, que alcanzó este brillante resultado sin el concurso de ningún príncipe católico, sino más bien por el de un príncipe protestante, no tenía, sin embargo, ningún designio de usar de la victoria para extender su dominación, ó para obligar á la fuerza á los príncipes á entrar de nuevo en el seno de la Iglesia católica, sino que pensaba hacerlo por medio de un acomodamiento. Después de haber repuesto á Julio de Pflug, obispo de Naumburgo, en posesión de su sede, como debía hacerlo por el interés de los católicos y de la justicia, por haber sido echado de



ella contra todo derecho, y después de haber ejecutado el decreto de deposición contra Hermann, arzobispo de Colonia, abrió la Dieta de Augsburgo (1.º de Setiembre de 1547) con la esperanza de obtener por fin la unión tan deseada, tantas veces ensayada, y que no esperaba de un concilio que desechaban los protestantes, y que además había sido trasladado de Trento á Bolonia. Los teólogos reunidos en Augsburgo, Julio de Pflug, obispo de Naumburgo, Miguel Helling, coadjutor de Maguncia, y el diestro y sutil Juan Agrícola, predicador de los electores de Brandeburgo, redactaron el *Interim de Augsburgo* de que hablamos arriba. Este *Interim* concedía á los protestantes la comunión bajo las dos especies, la conservación de sus mujeres á los eclesiásticos protestantes que se habían casado, y la posesión de los bienes que se habían quitado ya á la Iglesia.

El conjunto era una obra maestra de doblez, pero á pesar de esto, no produjo ningún resultado. Tuvo la suerte de disgustar á la vez á los católicos de Alemania, á los pueblos protestantes y á la corte de Roma, todos ofendidos de que el emperador cortase de aquella manera cuestiones exclusivamente religiosas. Los luteranos se desencadenaron contra aquella alianza con la *prostituta de Babilonia*, y acordándose más de las invectivas de Lutero que de sus exhortaciones á la piedad, expresaron de mil modos su resentimiento contra una obra del diablo, verdadera recrudescencia del papismo, y nuevo lazo tendido á la *buena fe* de los protestantes (*das Interim hat den Schalck hinter ihm*). Magdeburgo se resistió, y el mismo Mauricio de Sajonia no quiso admitirlo sino con la condición de que se tendría una consulta de teólogos protestantes, á cuyo frente debía estar Melancton para saber hasta qué punto se le podía aceptar sin faltar á la conciencia. Esos teólogos declararon (*Interim de Leipzig*) que en lo relativo al *adiaphora*, es decir, en las cosas medias é indiferentes, como las ceremonias del culto, se podía pasar más adelante. No se mostraron menos fáciles tampoco bajo el punto de vista dogmático. Respecto de la justificación, por ejemplo, decían: Dios no obra con nosotros como con una máquina, aun-

que sólo los méritos de Jesucristo nos justifican. Las obras dispuestas por Dios, son buenas y necesarias, lo mismo que las tres virtudes teológicas, la fe, la esperanza y la caridad. Admitían también los sacramentos de la Confirmación y Extremaunción, tan obstinadamente rechazados antes, y que la misa debería celebrarse conforme al rito antiguo, cantándose sólo en ella cánticos de alemán. Mucho distaban estas exigencias de las de Lutero, y aquellos teólogos se mostraban tan condescendientes con el poder imperial, como lo habían estado antes á las amenazas de Felipe de Hesse. Sin embargo, los predicantes luteranos se pronunciaron formalmente contra él, y entablaron la animada lucha del *adiaphorístico*. Púsose á la cabeza de la oposición Flacio, el vigoroso y ardiente discípulo de Lutero, y se fué á Magdeburgo, cuyos atrevidos ciudadanos se habían declarado contra el emperador lo mismo que contra el papa.

A pesar de esta resistencia, el *Interim* de Leipzig se fué introduciendo poco á poco en muchos distritos y ciudades protestantes, por cuya razón en la Dieta de Augsburgo intentó todavía el emperador convencer á los protestantes á que fueran al concilio, abierto de nuevo en Trento bajo los auspicios de Julio III. Los protestantes, empero, renovaron sus antiguas pretensiones, pidiendo que sus teólogos tuvieran en él voto deliberativo, que se anularan las actas y decretos anteriores, y que el papa renunciase la presidencia.

Poco á poco, sin embargo, Trento vió sucesivamente aparecer en su seno á los diputados de Brandeburgo, Wurtemberg y Sajonia, y ya se hallaban en camino los teólogos de Wittenberg, con Melancton á su cabeza, cuando de repente, cambiando de papeles, Mauricio de Sajonia hizo traición al emperador, como la había hecho antes á sus propios aliados. Como se le había confiado la ejecución del decreto que ponía á Magdeburgo fuera de la ley, había podido, sin excitar sospechas, reunir un cuerpo de ejército en Alemania, y al mismo tiempo tratar secretamente una alianza con Enrique II, rey de Francia (5 de Octubre de 1551), á quien abandonaba, como futuro salvador de la libertad de la Alemania, las ciudades imperiales de